

TEXTO

LUCAS 22,1-20

«²²¹Se acercaba la fiesta de los Ázimos, llamada la Pascua, ²y **los sumos sacerdotes y los escribas** buscaban cómo eliminarlo, pues temían al **pueblo**.

³Entonces **Satanás** entró en **Judas**, llamado **Iscariote**, que era del número de los Doce.

⁴Tras alejarse, habló con **los sumos sacerdotes y los jefes de la guardia** sobre cómo entregárselo. ⁵Y se alegraron, y convinieron con él en darle dinero. ⁶Aquél se comprometió a cumplir su palabra y buscaba la ocasión favorable para entregárselo a espaldas de **la muchedumbre**.

⁷Llegó el día de los Ázimos, en el que se debía sacrificar [el cordero de] la Pascua. ⁸Y envió a **Pedro** y a **Juan**, diciéndoles: “Id y preparadnos la Pascua, para que la comamos”. ⁹Pero le dijeron: “¿Dónde quieres que la preparemos?”.

¹⁰Les dijo: “Cuando entréis en la ciudad, os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa en que entre. ¹¹Y diréis al dueño de la casa: ‘**el Maestro** te dice: ¿dónde está la sala donde puedo comer la Pascua con mis discípulos?’. ¹²Él os enseñará en el piso de arriba una sala grande que ya está dispuesta; preparad allí”. ¹³Y, marchándose, encontraron todo como se lo había dicho, y prepararon la Pascua.

¹⁴Y cuando llegó la hora, se sentó a la mesa y **los apóstoles** con él.

¹⁵Y les dijo: “Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer. ¹⁶Os digo, en efecto, que ya no la comeré más hasta que se cumpla en el Reino de Dios”. ¹⁷Y, habiendo tomado una copa, después de haber dado gracias, dijo: “**Tomad** esto y **repartidlo** entre vosotros. ¹⁸Os digo, en efecto, que ya desde ahora no beberé del fruto de la vid hasta que venga el Reino de Dios”.

¹⁹Y tomando un pan y habiendo dado gracias, lo partió y se lo dio diciendo: “Esto es mi cuerpo que es entregado por vosotros. Haced esto en memoria mía”.

²⁰Y la copa de la misma manera, después de haber cenado, diciendo: “Esta copa es la nueva alianza en mi sangre, derramada por vosotros”».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (22,1-6)

.- En el capítulo 21, Lucas concedía la palabra a Jesús. En el inicio del 22, orienta la atención hacia sus adversarios, y se interesa por el calendario sagrado: la acción de los vv. 1-6 se desarrolla en la cercanía de la Pascua; los vv. 7-13 se situarán en su comienzo.

Los vv. 1-6 describen un encuentro, un diálogo y un acuerdo. El evangelista menciona el proyecto de los jefes del pueblo, Judas se aleja del Maestro y se separa del grupo de los Doce y se pone de acuerdo con sus nuevos interlocutores. Lucas *indica dos veces* el proyecto y el modo «en que éste debe ser ejecutado» (vv. 2 y 4). El diálogo culmina en un contrato que llena de alegría a una parte, los dirigentes de Israel, y compromete a la otra, Judas. Las partes están

de acuerdo en poner las manos sobre «él» (*el nombre de Jesús no aparece*, por pudor del evangelista o porque los conjurados lo mantienen en secreto); queda encontrar la ocasión.

El relato progresa: se pasa del «buscaban» (los sumos sacerdotes y los escribas [v. 2]) al «buscaba», de Judas (v. 6): del proyecto general a su ejecución particular. El motor del relato no es la providencia divina ni la voluntad humana. Depende -Lucas lo dice explícitamente- de una intervención de Satanás que invade a Judas (v. 3). Este versículo se halla en *el centro*: una encrucijada diabólica de caminos; entre las intenciones de los jefes (vv. 1-2) y el compromiso del traidor (vv. 4-6).

.- En los orígenes, la Pascua y la fiesta de los Ázimos (panes sin levadura) eran dos celebraciones anuales distintas. La primera -que se celebraba durante un solo día el 14 de Nisán, en el primer mes del año- era seguida inmediatamente por la segunda, que duraba una semana. La primera, marcada por la comida pascual, recordaba la liberación del poder del Faraón, más particularmente la noche decisiva en la que los primogénitos de Egipto fueron aniquilados y los primogénitos de Israel, perdonados, literalmente «pasados por alto», «ignorados» por el ángel exterminador. La segunda celebraba también el éxodo, más particularmente la falta de pan horneado con levadura durante la travesía del desierto. Ambas recordaban *la iniciativa salvífica de Dios* respecto a su pueblo. Puesto que iban una detrás de otra, fueron a menudo confundidas designándolas con una sola palabra. Lucas en todo caso las confunde. Que la pasión de Jesús tuviera lugar en tiempo de la Pascua reposa sobre bases históricas sólidas; incluso la tradición judía guardó la memoria de ello (cf. la *baraita* Sanedrín 43a [una *baraita* representa una tradición antigua que se quedó fuera de la Misná, pero fue recogida en el Talmud] que declara que Jesús era un mago que fue colgado en vísperas de la Pascua). Ciertos cristianos, los «cuartodecimanos», exigían incluso que la fiesta cristiana coincidiera con la Pascua judía y que se celebrara el 14 de Nisán.

Lucas escoge el vocabulario de la posesión, lo que otorga más fuerza al acontecimiento: Satanás entra literalmente en la persona de Judas. El destino de Jesús se convierte en objeto de una disputa entre el Diablo y Dios. Al final del enfrentamiento en el desierto, Satanás hubo de abandonar la partida (4,1-13), pero no renunció a sus proyectos. Pero la irrupción del Diablo no parece eliminar la responsabilidad de Judas. Es terrible el «alejarse» del v. 4: Judas se aleja de Jesús y de los Doce. Lucas no ofrece ningún detalle psicológico; únicamente habla del movimiento físico de su cuerpo.

Hay que distinguir entre «entregar» y «traicionar». Aunque el acto de Judas consiste en una traición y el Iscariote ha sido ya designado en 6,16 como un futuro «traidor», el verbo utilizado aquí dos veces (vv. 4 y 6) es *parádómi*, que significa «entregar», «devolver», «transmitir» (*parádosis* es la «tradición»). «Traicionar» se dice *prodídomi* (cuyo primer sentido significa «dar de antemano», «distribuir»). Judas entregaba a Jesús por medio de una *traición*; Lucas nos lo entrega por medio de una *tradición*.

El contenido del acuerdo connota negativamente todo el vocabulario de este episodio, a la vez que cada término, como tal, puede ser tomado en buen sentido. Así ocurre con el «se alegraron», el «se comprometió a cumplir su palabra» y la «*eukairía*»: el «tiempo» o el «momento favorable», la «ocasión favorable». Es buena, por supuesto, sólo desde el punto de vista de los adversarios de Jesús pero, en segundo grado, desde el punto de vista teológico final (¿no era oportuno que Jesús muriera por los suyos?).

SEGUNDA UNIDAD (22,7-14)

.- Mientras las fuerzas hostiles dominaban la escena precedente (22,1-6), ahora (vv. 7-14) los elementos favorables, Jesús y los suyos, están en el centro del cuadro. Aunque no sea nombrado, Jesús es ahora el **maestro** del saber y del poder. Lo que sabe y organiza tiene relación con la fiesta judía de la Pascua. La obligación mencionada en el v. 7 (*edei*, «se debía»,

«era preciso») está cumplida en el v. 14 («se sentó a la mesa y los apóstoles con él»). Entre los dos momentos, se da esta estructura:

- v. 7: El deber de celebrar la fiesta necesita requisitos aún no cumplidos
- v. 8: Jesús quiere cumplir este deber con ayuda de sus discípulos
- v. 9: Pedro y Juan interrogan a Jesús
- vv. 10-12: Jesús ofrece una respuesta
- v. 13: Los discípulos ejecutan la orden del Maestro
- v. 14: El deber de celebrar la fiesta puede ya ser cumplido.

Por consiguiente, se distinguen tres niveles. Primero, el de la religión, el de la Escritura o el del Dios, que estableció la celebración litúrgica de Pascua (vv. 7 y 14). Existe luego el nivel de Jesús que permite el ejercicio de la religión (vv. 8 y 10-12). Está finalmente el nivel de la comunidad, la cual, por su pregunta, su escucha y su obediencia, realiza el proyecto del Maestro y responde de este modo a lo que Dios espera (vv. 9 y 13). Destaca **la densidad del vocabulario**: cuatro veces se menciona la Pascua y otras cuatro, el verbo “preparar”. Lucas sigue aquí el evangelio de Marcos. Cuando se distancia de él, es para aportar una precisión o mejorar el estilo. En el v. 7 no se molesta en calcular los días (habla «del día» en donde Marcos menciona el «primer día»: 14,12). En el v. 8 Lucas modifica su fuente para situar a Jesús en posición de líder: es el Maestro quien toma la iniciativa de enviar a sus discípulos a la ciudad, mientras que, según Marcos, son los discípulos los que sienten inquietud en primer lugar (14,12). Lucas indica los nombres de los enviados: Pedro y Juan, cuya actividad común aparece confirmada por el libro de los Hechos (Hch 3,1.11; 4,13.19; 8,14). Por otro lado, tal como le ocurre algunas veces (cf. 6,13 y 9,10), designa ya a los Doce como los «apóstoles» (v. 14). El binomio «Pedro y Juan», así como el título «apóstoles», son característicos de la obra doble de Lucas. Una última observación: existe una connivencia ocasional entre los evangelios de Lucas y de Juan en el relato de la Pasión. Dicha connivencia se muestra aquí en el empleo de la palabra «hora». Además de que este término es característico del cuarto evangelio, aparece en este texto como en Lc 22,14: al principio de la Pasión.

.- Al principio, el cordero pascual no sólo se degollaba sino que se consumía también en el área del Templo. Con el tiempo, el lugar no daba abasto para ello, por lo que la ciudad entera se convirtió en el espacio sagrado conveniente. Los habitantes de Jerusalén estaban dispuestos a poner locales a disposición de los peregrinos. Debían estar dispuestos incluso a prestar gratis este servicio. Ningún habitante de Jerusalén, en efecto, debía considerarse como propietario. La ciudad santa pertenecía a Dios, y luego, por delegación, al pueblo entero. Prestar una sala significaba, pues, reconocer estos derechos, divino y del pueblo. La docilidad del propietario se explica así por esta tradición religiosa. Los huéspedes que estaban de paso expresaban normalmente su agradecimiento dejando al dueño del local la piel del cordero degollado. Lucas, como los demás evangelistas, habla de comer la Pascua, pero no señala nunca explícitamente el cordero, ni su inmolación. ¿Es para evocar mejor que la Cena es una comida totalmente nueva?

Lucas da el nombre de los dos enviados: ¿escoge a Pedro y Juan, futuros portavoces de la iglesia de Jerusalén, para subrayar la importancia de la tarea o, al contrario, para indicar que la autoridad apostólica se ejercita en las labores más modestas? Es difícil decidir. La respuesta de Jesús a los discípulos (vv. 10-12) constituye el corazón del episodio. Menciona sólo realidades humanas, pero lo hace con una precisión tal que prepara el encuentro milagroso, el sincronismo providencial. Los discípulos encuentran todo como había anunciado el Maestro. Este episodio tiene una función particular: mostrar que *Jesús dominaba su destino* y se preocupaba de respetar la religión de su pueblo en el momento en el que otros, los dirigentes judíos, olvidaban los principios con motivo del complot que iniciaban. En el v. 14, el título

«apóstoles» confiere una solemnidad eclesial a la escena. Esta cena no tendrá sólo un valor litúrgico, sino también un alcance soteriológico.

TERCERA UNIDAD (22,15-20)

.- La Pascua no se narra apenas. Lo que cuenta es *lo imprevisto*, que se desarrolla durante la rutina litúrgica. Todo lo inesperado pertenece a Jesús que crea el acontecimiento por la palabra y por el gesto. En el v. 15, el Maestro se dirige a sus discípulos («les dijo»). En los vv. 16 y 18 se lee dos veces «os digo, en efecto». En los vv. 17, 19 y 20 se dirige a ellos otras tres veces («dijo»; «diciendo»). A esta *abundancia verbal* responde una *economía de gestos*: Jesús toma la copa en el v. 17; toma el pan, lo parte y lo distribuye en el v. 19. En estos versículos hay tres ejes que se cruzan: el del tiempo, el de las personas y el de los elementos: a) Jesús está entre esta Pascua y su pasión inminente (v. 15); entre el ahora y el reino de Dios (vv. 16.18); b) Tres versículos tratan de la suerte de Jesús (vv. 15, 16 y 18). Tres, de la suerte de los discípulos (vv. 17, 19 y 20). Tres se refieren al alimento (vv. 15, 16 y 19). Tres, a la bebida (vv. 17, 18 y 20). Un versículo emplea el presente puntual (v. 15); dos, el futuro último (vv. 16 y 18), tres, el tiempo intermedio, un presente duradero (vv. 17, 19 y 20).

Existen numerosas razones para relacionar los vv. 19-20 con 1Co 11 más que con Mc 14. A propósito del pan, Lucas, como Pablo, utiliza el verbo *eukharisto* (v. 19a), donde los dos otros Sinópticos recurren a *eulogeo*. Los dos califican el cuerpo diciendo que «es entregado por vosotros» (v. 19c), precisión ausente en Marcos y Mateo. Uno y otro -y son los únicos que lo hacen- transmiten también la orden de recordar a Jesús (v. 19d). Ninguno de los dos ha considerado necesario insertar verbos a propósito de la copa (Marcos y Mateo mencionan por lo menos cuatro: tomar-dar gracias-dar-beber). A los dos les interesa, por el contrario, colocar el comentario sobre la copa después de la comida (v. 20a); los dos hablan asimismo de «la nueva alianza en mi sangre» allí donde Marcos y Mateo recurren a la expresión «mi sangre de la alianza». Los cuatro testigos mencionan la sangre derramada, pero Lucas se separa de los dos sinópticos -que tienen la fórmula «por muchos»-, diciendo «por vosotros» (Pablo permanece aquí mudo), como el mismo Lucas lo había dicho, con Pablo también, a propósito del pan (v. 19c). Teniendo en cuenta la variedad del cristianismo primitivo y sus dos primeras capitales, que fueron Jerusalén y Antioquía, proponemos esta hipótesis: la versión de la eucaristía de Marcos y Mateo corresponde a la liturgia de la comunidad de los Doce, cuyos orígenes están en Jerusalén. En cuanto a la versión lucana y paulina, la localizo en Antioquía, comunidad fundada por los helenistas. A favor de mi hipótesis señalo la doble tradición de la multiplicación de los panes. La de cinco mil personas termina con la mención de que sobraron panes como para llenar doce canastas (alusión al ministerio ulterior de los Doce, Mc 6,30-44); la de las cuatro mil acaba con un excedente que llenó siete canastas (porciones destinadas al futuro ministerio de los siete helenistas, Mc 8,1-10).

.- V. 15: Es excepcional en los evangelios que Jesús exprese sus deseos. Aquí lo hace de una manera descubierta y apoyada por medio de una *fórmula semítica* que repite el verbo (*epithymeo*) y un sustantivo de la misma raíz (*epithymia*). Los antiguos permitían al término “deseo” una polisemia que el contexto lingüístico debía canalizar: podía tratarse de un mal deseo, la expresión de la codicia; o de un buen deseo, la manifestación de una voluntad viva. Lucas, de quien se dice sin razón que no quiere subrayar los sentimientos de Jesús, ha mencionado ya otra formulación de este deseo: en la sentencia sobre el bautismo que iba a constituir su muerte, el Jesús lucano había utilizado otro verbo *synekhomai*, «estoy oprimido/angustiado», que manifestaba su proyecto de vida hasta su muerte: «cómo me siento angustiado hasta que se cumpla» (12,50).

.- Vv. 16-18: Dos veces, en los v. 16 y 18, Jesús subraya su abstinencia que será debida a su ausencia. Estos subjuntivos aoristos con doble negación son *fórmulas fuertes*, son casi juramentos o conjuros. El v. 16 añade una precisión: la Pascua de hoy tiene su valor, pero todavía no ha alcanzado su plenitud. Aunque querida por Dios desde el tiempo del Éxodo, y respetada por Jesús, la Pascua no deja de ser un rito humano, un signo que señala hacia una realidad esperada, una celebración imperfecta en espera de su cumplimiento. La estructura teológica subyacente a la declaración de Jesús corresponde a los datos de la Epístola a los Hebreos, según los cuales el Día de la expiación exige su repetición anual debido a su imperfección, mientras que la muerte de Jesús, una vez por siempre, posee una perfección escatológica. Sin decir a cuál de las cuatro copas de la Pascua judía se refiere, Jesús afirma tanto en el v. 18 como en el 16 que estará ausente a partir de su muerte y hasta la llegada del Reino. Insertado entre estas dos proyecciones hacia el futuro (vv. 16 y 18), el v. 17 menciona un gesto profético de Jesús acompañado por una palabra imperativa. Lo que él hace en este momento, tendrán que hacerlo los discípulos, se sobreentiende que desde ahora hasta la irrupción del reino de Dios: tomar una copa y compartirla. ¿Por qué? Para sentirse **solidarios** (nótese el «entre vosotros»), para paliar la ausencia de Jesús (el «yo» de Jesús desaparece de la frase) y para esperar el futuro animados por la virtud simbólica y festiva del vino. Los vv. 16-18 atestiguan que la eucaristía de los primeros cristianos no fue sólo un memorial de la muerte de Jesús, sino también una *anticipación alegre* del fin. La yuxtaposición de estos dos aspectos en Lc 22,15-20 indica que cohabitaban los dos en tiempos del evangelista.

.- Vv. 19-20: Los lectores del evangelio de Lucas recordarán el relato de la multiplicación de los panes, en donde leyeron la fórmula: «Tomando entonces los cinco panes y los dos peces y levantando la mirada hacia el cielo, los bendijo, los partió y los daba [o: los iba dando] a los discípulos para que los sirvieran a la muchedumbre» (Lc 9,16). El asombro viene con la frase: «Esto es mi cuerpo que es entregado por vosotros». El vocablo «esto» sólo puede referirse al pan. El pan corresponde al cuerpo, representa el cuerpo, es «mi cuerpo». Ninguna de las comidas judías que conocemos contiene una fórmula análoga a esta. Los paralelos griegos propuestos tampoco vienen al caso. La atmósfera es posiblemente pascual, pero lo que aquí ocurre es algo diferente a la Pascua. El evangelista, que se apoya en el rito de su iglesia, estima que en la Cena el pan recuerda el gesto de Jesús y representa la presencia de Cristo. Este cuerpo de Cristo que Lucas imagina resucitado, lo concibe asimismo como crucificado. Aunque el pan, incluso fraccionado, evoca muy poco una muerte violenta, se reparte entre los participantes como el cuerpo de Jesús que «fue entregado por vosotros». Lucas sabe que la muerte de Jesús puede ser considerada desde diversos ángulos. Desde uno de ellos, esta muerte corresponde al apogeo de la malicia de los hombres; desde otro ángulo, representa la realización del designio redentor de Dios. Lucas se muestra reservado respecto al valor expiatorio de la muerte de Jesús. Teme que desmovilice a los creyentes y los transforme en beneficiarios irresponsables de una gracia barata. No duda, sin embargo, en admitir la tradición bíblica del sufrimiento expiatorio del justo sufriente. En el contexto de la pasión de Jesús lo admite. Mientras que la tradición precedente (vv. 15-18) situaba el presente de los discípulos frente al futuro del Reino, esta tradición (vv. 19-20) les recuerda el pasado de la pasión. La anámnesis es tan necesaria como la prolepsis. «Esto» -de lo que es preciso acordarse (v. 19c), es sin duda más amplio que el «esto» de la frase «esto es mi cuerpo» (v. 19b), pues engloba la cena entera y no únicamente el pan. El recuerdo no es la memoria nostálgica y melancólica de un pasado ya ocurrido, sino -según la concepción judía del recuerdo activo de la historia de la salvación- la actualización de los beneficios divinos. Por el rito, dice Lucas en su relato, la pasión de Jesús se vuelve presente en su componente salvífico. El v. 20, que Lucas separa del 19 por una cena, repite la misma verdad mencionando la copa. ¿Qué cena se interpuso entre los dos? ¿La de Pascua? La presencia de las palabras «después de haber cenado» está dictada por la tradición litúrgica que influye sobre la narración. En

tiempos de Lucas, los primeros cristianos son conscientes de ser el pueblo del final de los tiempos e hicieron suya la profecía de Jeremías sobre la nueva alianza. Entendieron la muerte de su Señor como una expiación (v. 19) y como un sacrificio de alianza (v. 20). No son, pues, solamente los espectadores de un final; son también los participantes de un principio. Gramaticalmente, la construcción del v. 20 se parece a la del v. 19, pero los elementos que la constituyen son más voluminosos: al «esto» del v. 19 responde «esta copa» del v. 20; a «mi cuerpo entregado por vosotros» corresponde «la nueva alianza en mi sangre, vertida por vosotros». Esta última fórmula no sólo resulta pesada, sino también torpe: las palabras “vertida por vosotros”, que evocan la sangre, están en género neutro, como la palabra «sangre» es también neutra en griego, pero están en nominativo o en acusativo, mientras que la palabra «sangre» está en dativo («en mi sangre»). La «nueva alianza» está también en nominativo, pero es femenino. La “transgresión” comenzaba por la gramática. Digamos que la novedad cristiana comienza con *la subversión del orden gramatical*, a menos que Lucas refiera «lo que ha sido derramado por vosotros», a «esta copa», lo que es poco probable ya que esto crea una tensión con los vv. 17 y 18. A pesar de todo, el sentido es claro: la copa constituye la nueva alianza; esta última se ha establecido por la sangre de Jesús, la cual ha sido derramada por vosotros.

Reencontramos aquí el juego de la primera persona del singular (*mou*) y de la segunda del plural (*hymon*) como en el v. 19: la comunión, pues, no se establece sólo entre «vosotros», sino que se instaure también entre «vosotros» y «yo». El juego del «yo» y del «vosotros» en los vv. 15-18 no instauraba aún una comunión entre Cristo y su Iglesia.

El Jesús lucano, una vez más, practica la comensalidad con sus discípulos. Como ocurre a menudo, propone en el curso de una comida una enseñanza no sin relación con el alimento: aquí es la institución de la Cena insertada en la última comida; el futuro litúrgico está enraizado así en el acontecimiento histórico.

El resultado narrativo, que influye en los lectores y en su pensamiento teológico, es de una gran riqueza: concierne al sentido de acontecimientos inesperados como la muerte brutal de Jesús; al vacío dejado por la ausencia del Maestro; a la comunión de los discípulos que hacen bien en apoyarse entre sí; a la demarcación entre los del interior y los del exterior; a la participación en bienes espirituales y escatológicos.